

# Xan

# Irmandiño

AURA TAZÓN

editorial  
KATTIGARA 

**Finalista en la V Edición del Premio  
Tristana de Novela Fantástica 2010**



# Sobre la revuelta irmandiña

Nota de la autora

**En 1467 tuvo lugar** uno de los hechos más extraordinarios del medievo: el pueblo de Galicia se levantó en armas contra los nobles y triunfó. La historia oficial, escrita por y para reyes y gobernantes, ha pasado por alto este acontecimiento único. Por eso, durante nuestros años de escuela, recibimos lecciones varias sobre las germanías y los comuneros, pero muy poco aprendimos de los Irmandiños: el éxito de su empresa los condenó al ostracismo.

Esta obra no es una novela histórica, ni mucho menos, sino una ficción ambientada en aquella época increíble y turbulenta, de la que toma prestados ciertos puntos de referencia. Es más, algunos de sus protagonistas lo fueron también de la realidad, pero se cuelean en la trama con personalidades imaginarias, sin intención de aproximarse a lo que de verdad pudieron ser. Discúlpeme el lector, por tanto, si le resulta innecesaria esta breve reseña histórica.

La revuelta de los Irmandiños fue un alzamiento respaldado por Enrique IV, el rey legítimo en aquel momento, quien tenía no pocos problemas con la nobleza gallega, violenta y malhechora. El monarca autorizó la fundación de una Santa Hermandad en el reino de Galicia, similar a las que se habían constituido en otros territorios de la Corona, pero los gallegos hicieron una interpretación extensiva de la licencia regia. Amparados en ella, todos a una derrocaron las fortalezas y no dejaron piedra sobre piedra; por eso apenas quedan castillos en Galicia. Tan masiva fue la revuelta que los nobles se vieron solos y tuvieron que huir: *los gorriones corrieron tras los halcones*. Durante tres años, las clases populares gobernaron Galicia.

Los halcones regresaron en 1469 mejor armados, financiados por Castilla y Portugal, y dieron el golpe de gracia a los Irmandiños en el sitio de Balmalige, cerca de Santiago. Sin embargo, no hubo represión. Los nobles no podían ajusticiar a los villanos rebeldes por-

que eran muchísimos, la mayor parte de los gallegos de entonces. ¿Quién labraría sus tierras? ¿Quién reconstruiría sus fortalezas? Esto es lo que vino a decir el conde de Lemos, luz de la nobleza gallega, a su yerno el mariscal Pardo de Cela cuando, al término de la batalla, éste se empecinó en que habían de colgar de los *carballos* a todos los vasallos.

Pedro Pardo de Cela era un noble de segunda, venido a más por su matrimonio con Isabel de Castro, hija del conde de Lemos; un caballero malhechor y un tirano para la opinión pública de su época. Sin embargo, a raíz de una novela romántica de 1851, *Los hidalgos de Monforte*, de Benito Vicetto, se forjó un mito en torno a su figura que lo convirtió en héroe nacional, adalid de la lucha por la independencia de Galicia.

Hasta tal punto es así, que su muerte el 17 de diciembre de 1483 en Mondoñedo es una efeméride que se conmemora en muchos ámbitos, y no son pocas las calles que llevan su nombre. Según el mito, se dice que Pardo de Cela luchó en el bando de la Beltraneja, aunque al parecer sólo consta que participó en el sitio de Ponferrada, entre las filas de los Reyes Católicos. También se dijo que era uno de los dirigentes de la revuelta irmandiña, pero se ha podido constatar más bien todo lo contrario. Murió a manos de la justicia de la reina de Castilla y por eso fue elegido como mártir.

Ha sido tan grande la importancia otorgada a Pedro Pardo de Cela que durante muchos años el fenómeno irmandiño pasó inadvertido. Por fortuna, hay historiadores que trabajan para subsanar el error y darle el relieve que merece. Al fin y al cabo, después de los Irmandiños, Galicia cambió para siempre. Los gallegos deberían estar orgullosos y celebrar por todo lo alto este increíble episodio que Vicetto, antes citado, califica como la epopeya más grande que registran en sus anales todos los antiguos reinos de la antigua Iberia.

Aura Tazón Cubillas  
Enero de 2012.

**Xan**

**Irmandiño**

AURA TAZÓN



«En corto tiempo los gallegos no sólo arrancaron de las selvas a los facinerosos y los arrastraron al patíbulo, sino que se apoderaron de fortalezas tenidas por inexpugnables, y al conde de Lemos, el más poderoso de los grandes de la provincia, obligáronle a huir y le persiguieron hasta el exterminio.»

Alonso de Palencia.  
*Crónica de Enrique IV*, tomo I.



**El sol se había puesto** y las ánimas que habitaban el castro de la *moura* se desperezaban del letargo diurno. De ordinario, sus quehaceres se reducían a inofensivos pasatiempos, propios de almas en pena aún sin convocar; era gente silenciosa y aburrida, alejada de las prisas y las inquietudes mundanas, que ocupaba su tedio como podía. Aquella noche, en cambio, todo era estruendo, espeluznante entrechocar de cadenas y armaduras, roce fantasmal de fatuos fuegos y ropajes. Las viejas ruinas hervían de pánico y los espectros huían.

Gonçalves Zarco, un marino portugués recién arribado, que había sido engullido por el Kraken, a cuyas fauces le arrojaron sus compañeros de navío con el sano objetivo de entretener al bicho mientras escapaban a todo trapo, no entendía a qué tanto alboroto.

—¡Viene Xan Irmandiño! ¡Viene Xan Irmandiño!

—¿Un vivo? ¿Toda esta revolución por los huesos de uno que aún los conserva bajo su piel? —se preguntaba y los otros respondían:

—¡No es un vivo cualquiera! ¡Es Xan Irmandiño!

El lusitano aún sufría al recordar su viaje por los intestinos del gigantesco calamar; y eso que él tuvo suerte, pues lo primero que el Kraken le devoró fue la virilidad. Como Gonçalves Zarco había sido en vida mujeriego y vanidoso, su espíritu andaba siempre anclado al pundonor, por lo que, con el mordisco, marchó en una sola pieza, agarrado al precioso cacho de carne. El pequeño y adorado apéndice fue poco a poco transformándose, a fuerza de jugos gástricos, en un diminuto excremento de cefalópodo listo para salir por donde había entrado. Cabalgando en él viajaba, íntegra e intacta, aunque algo baqueteada, el alma de Gonçalves Zarco, la cual fue asignada a aquel castro de la *moura*, donde debía descansar hasta su incorporación a la correspondiente hueste.

De todo esto hacía tan solo dos días y Gonçalves Zarco no había podido tomarse un respiro, a causa del inusitado revuelo provo-

cado por el tal Xan Irmandiño. Nobles damas celosas envenenadoras de amantes, prelados de la Iglesia que mal cohonestaron votos con deseos, caballeros licenciosos y abusadores, malandrines variados de todas las categorías sociales, usureros, matasanos, beatas y prostitutas, licenciados y ganapanes, abadesas pecadoras, padres de poca entraña, hijos-cuervos, vecinas maledicentes, ancianos esposos de niñas recién doncellas... Todos buscaban el modo de salir del castro antes de que llegara Xan Irmandiño con su ejército.

Gonçalves Zarco no se movió; a él, que había padecido el horror del monstruo abisal, no lo asustaba ningún vivo. Esperó sentado junto a la fuente del patio hasta que, bien entrada la noche, escuchó el retumbar de pies y caballos que se acercaban. Contempló cómo la tropa se acomodaba y se dedicó a apagar con su hálito helado los fuegos recién prendidos, para luego disfrutar de los rostros temerosos de los hombres.

—¿Esto es todo? —dijo en voz alta, sabedor de que ningún viviente podría escucharlo—. ¡Oh, hermanos de calvario! ¿Tanto miedo teníais a estos hombres?

No eran los inofensivos soldados quienes inquietaban a los espectros. Gonçalves Zarco sintió que una llama le abrasaba la nuca; se volvió despacio, asustado; si hubiera tenido sangre, se le habría helado en las venas al descubrir los fieros ojos que lo miraban. ¡Puede verme!, pensó; el desconocido le dedicó una sonrisa torva. El portugués sintió cómo su alma, todo lo que de él quedaba, comenzaba a arder bajo un poderoso hechizo. ¿Quién era ese? ¿Un hombre, un demonio, un ángel vengador...?

Entonces recordó. Un marino gallego de su antigua tripulación le había hablado de él, del héroe al que los señores llamaban bandolero, capitán de vivos y de muertos, jefe de un ejército al que los campesinos se unían por amor y dueño de una hueste de difuntos que expiaban las culpas bajo el látigo de su terrible mirada de brasas ardientes.

Gonçalves Zarco lloró sin lágrimas, como lloran las ánimas. Aquél era Xan Irmandiño.

## *Signa*

**Betanzos.** Año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos sesenta y siete. La taberna de Aldeviño está llena, como cada miércoles; es el día en que el dueño abre la barrica buena de vino verde. El resto de la semana los bebedores han de contentarse con un tinto aguado y rasposo, peleón a más no poder, que en lugar de quitar las penas se suma a ellas. Además, el miércoles la casa regala a los clientes con una pequeña ración de oreja, óptima para forrar; aunque, para sacarla, el perillán espera hasta que los agraciados están a punto de apurar el vaso.

En casa de Aldeviño se congregan gentes poco acomodadas: campesinos libres, obreros, menestrales, artesanos... Pobres todos, pero ufanos de no pertenecer a noble alguno, más que al rey. En los últimos tiempos, además, están orgullosos de su vecino Joao Branco, notario y procurador en las Cortes de Salamanca, que ha obtenido de don Enrique de Castilla la tantas veces requerida y siempre denegada carta de fundación de la Santa Hermandad del reino de Galicia.

En una mesa próxima a la lumbre, tres hombres debaten con entusiasmo. El más joven no pasa de los diecisiete, se le nota enseguida en la barba, poblada por islotes de oscuras colonias de hormigas; es más bien bajito y flaco, con ojos vivos, se lo ve despierto, aunque todavía tiene el don de la inocencia. El chico mira pasmado al más viejo, de unos cuarenta y tantos años, el mejor vestido de los tres, que responde al nombre de Nuño y habla con autoridad: es el encargado de sostener la vela al señor Branco cuando consulta legajos a deshora. Este Nuño asegura con firmeza que algunos segundones van a ser nombrados capitanes de la Hermandad.

—El mismísimo Diego de Lemos puede que sea uno de ellos.  
El mozo no sale de su asombro.

—¡Carallo, Nuño! ¿Cómo es que sabéis todas esas cosas?

—Hombre, Bartoliño, yo, saber, no sé, pero oigo a mi amo muy bien...

El tercero, un fornido rubicundo de edad intermedia entre los otros dos, se ríe malicioso de Nuño.

—¡Caramba! ¿Así que vos tenéis amo, como los siervos?

—¡Eh, eh...! ¡Que a mí don Joao me da jornal!

—¡Pues a ver si se nota y nos sacáis otra vuelta! ¡Aldeviño! ¡Traed más mosto, que paga el criado!

El tabernero rellena los vasos y Nuño, a regañadientes, le da un par de monedas. Bartolo, el muchacho, aprovecha la interrupción para opinar.

—... El rey así lo manda, que nos juntemos en hermandad para hacer justicia y tomar y derrocar las fortalezas...

El rubio disiente.

—No tengo yo tan claro que el rey dijera tal cosa. Eso de derribar las fortalezas... ¿Tú crees que les gustará a los segundones de que tanto habla el amigo Nuño? ¿Eh?

—Pues mi *amo* el señor Joao Branco piensa que lo de los segundones es buena cosa, diga lo que diga maese Xosé.

—¡Bah! ¡Se juntan con nosotros porque les conviene! No tienen nada que perder y, si ganamos, querrán ellos ser los nuevos señores. Un halcón siempre será un halcón...

Bartolo, un tanto molesto por la actitud pesimista de Xosé, sale en defensa de Nuño.

—¡Que se atrevan a traicionarnos y tendrán que vérselas con Xan Irmandiño!

El rubio, Xosé, mira fijamente al chico.

—Tú estás en la compañía de Xan Irmandiño, ¿verdad?

—Sí, y a mucha honra. ¡Es el mejor capitán de todos!

—No te lo niego, pero, ¿tienes idea de quién es en realidad?

Nuño contesta por él.

—Dicen que es hijo de una meiga.

—Habló el criado sabelotodo. Y decidme vos, ¿sabéis acaso quién es en verdad ese al que llamáis “amo”?

—¡Pues hombre, claro! ¡Quién va a ser, carallo! ¡Es don Joao Branco, el notario!

Xosé sorbe su vino y posa con un golpe el vaso, para crear expectación en sus contertulios.

—Y si yo os dijera que Xan Irmandiño y Joao Branco son la misma persona, ¿qué pensaríais?

Nuño se escandaliza.

—¡Por mi madre, que vos estáis loco! ¿Cómo va a ser? Don Joao es un tipo elegante y leído, no un salvaje que levanta a los muertos.

El joven Bartolo también se lleva las manos a la cabeza.

—¿Joao Branco? ¡Pero si es uno que hace las guerras en los despachos, con triquiñuelas de politicucho! ¡Imposible!

—Pues bien pudieran ser las dos caras del maravedí...

—¡Qué decís!

—¿Yo? ¡Nada! Es Julián el Cojo quien lo cuenta...

—En todo caso, lo contaría, que murió hace varios meses.

—¿Quién es ese Julián el Cojo del que habláis? —pregunta Bartolo.

—Uno que se suicidó —dice Nuño, persignándose—. No debía andar muy cuerdo.

El chico respira aliviado.

—Entonces bien, porque eso de que Xan Irmandiño y el señor notario son la misma cosa, parece de locos.

—¡Ah, no sé! Podéis preguntárselo al Cojo, si os interesa. Todas las noches merodea por los alrededores de la iglesia...

Nuño y Bartolo se miran, extrañados.

—Será una broma, ¿no?

—¡Qué va! El pobre está desesperado, porque no le hicieron funeral ni le dieron sepultura en tierra sagrada. Quiere hablar con el cura, para aclarar las cosas y que le digan por lo menos una misa, pero como es un alma en pena, no puede entrar en el templo y anda haciéndose el encontradizo; aunque el párroco no le hace ni caso.

—¿Cómo se lo va a hacer? Es un suicida, ¡está en pecado mortal!

—Ahí está la cuestión, que el Cojo jura y requetejura por su ánima que no fue así, que en realidad lo mataron.

—¡Venga ya, hombre! ¡Si hay testigos que le vieron clavarse el cuchillo de monte en el gaznate!

—¡Ah! Yo, de eso, no sé nada. Sólo os cuento lo que me dijo. Además, que piensa fue un castigo por irse de la lengua...

Bartolo, picado por la curiosidad, se ha olvidado de beber y aún tiene el vaso lleno.

—Pues, ¿qué fue lo que largó?

—Algo sobre Xan Irmandiño y Joao Branco, pero no creo que os interese. ¡Hale! Yo marchó, que mi santa me espera para la cena... y lo que se tercié.

El rubicundo Xosé hace ademán de levantarse; espera que los otros le pidan que desvele los secretos del fantasma del suicida. Sin embargo, Nuño no lo hace, por petulancia, y Bartolo tampoco, quizá porque no sabe si es correcto preguntar. Xosé, ya de pie, apoya ambas manos sobre la mesa y los mira desde arriba.

—¿De verdad no queréis conocer la historia de Julián el Cojo?

Nuño se hace el indiferente, aunque en realidad desea que Xosé continúe; Bartoliño suplica con los ojos y asiente con un me-neo de cabeza, acompañado por una especie de gruñido. El rubio lo acepta como un sí y toma asiento de nuevo.

—Pues resulta que Julián el Cojo es (o más bien, era) hijo de Rosalía, la comadrona. Y, como segurísimo que nuestro bien situado amigo Nuño sabrá, la Rosalía aparteiró a Joao Branco, su ilustre amo...

El criado se revuelve. No, no lo sabía.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con la muerte de Julián?

—¡Eso! ¿Y con Xan Irmandiño?

—¡Ahí voy, carallo, que no me dejáis hablar! A lo que parece, Julián el Cojo murió por contar algo que vio su madre al nacer Joao Branco...

Nuño se enfadó.

—¿Acusáis al señor Branco de matar al Cojo?

—¡No, hombre, no! Aunque depende... Vos mismo juzgaréis cuando me escuchéis, que a ver si dejáis de interrumpirme. ¿Sigo o no sigo?

—Seguid, seguid, amigo Xosé —se apresuró Bartolo.

—Bien. Pues decía que la Rosalía, madre de Julián el Cojo, fue la parteira del notario. Andaba nerviosa, porque la madre era muy menuda, la criatura muy grande y, además, venía de culo. Vamos, que si algo tenía que salir mal, saldría, aunque fuera sábado y las campanas tocaran a parto. Pero al empezar la cosa, a la pobre casi le da un sofoco. ¡El chiquillo nació solo, se puso de pie en el piso y él mismo cortó y amarró su cordón umbilical! La Rosalía nunca viera cosa parecida. El crío la saludó con una reverencia burlona y unos ojos que parecían ascuas, se encaramó hasta la teta de su madre y se enganchó de tal modo que parecía la iba a dejar seca de una sola chupetada. Una vez satisfecho, se limpió los morros con la sábana...

—¡Eso es un cuento! ¡Bartoliño, hijo, no escuches a este tunante, que nos está mintiendo!

—¡Que no me lo invento! Además, todavía falta lo mejor... Que digo, dice el Cojo, que, una vez lleno, el niño se limpió los morros y, entonces sí, se acurrucó como la criaturiña desvalida que era y rompió a llorar, que al fin y al cabo es lo que se espera de un recién nacido. El padre, que aguardaba fuera, lo escuchó y entró en la habitación. Besó a su mujer en la frente, cogió al niño y salió para presentarlo a la familia y le dio el nombre de Joao, como corresponde a todo primogénito de los Branco. Luego se lo devolvió a la Rosalía y marchó a celebrarlo.

»Ella examinó al chiquillo con curiosidad y no vio nada raro. Era un bebé normal, con la mirada gris y asustada que tenemos todos al nacer; un mamoncete llorón como otro cualquiera. No había rastro del fenómeno que viera asomar tan campante. “Lo soñaría”, pensó, y olvidó el asunto.

»No salieran todavía las libraduras cuando un olor a azufre invadió la alcoba. La Rosalía hizo la señal de la cruz, porque ese era el tufo del diaño; corrió a proteger al crío y a la parida, pero esta la detuvo con un gesto. “¡Ni se te ocurra persignarte!”, le dijo. Se quedaron las dos quietas; el niño se irguió, todo derecho, y sus ojos eran otra vez como dos brasas.

»Entre las maderas se escapaba un humo amarillento y desagradable; y del humo surgió el mismísimo Belcebú, rojo, caliente, gigantesco; no cabía en la estancia, se daba con los cuernos contra el techo; sus grandes patas de cabrón descomunal, aun encogidas ocupaban cada una como una mesa. La Rosalía se encogió en un rincón y tapó la boca para no gritar.

»El maligno se acercó al recién nacido y lo bañó con su hálito pestilente, como si fuera un sortilegio o un hechizo para protegidos del infierno. Después, con la enorme uña negra del índice derecho, marcó la mejilla izquierda del infante con su señal, dos rayas oblicuas; y, mientras hacía la herida, dijo con voz tenebrosa: «¡Xan!»

»Luego se fue y, salvo la herida del niño y la huella de los cuernos en el techo, no quedó ningún recuerdo del paso del diablo por allí. La madre acariciaba la tierna cabecita del bebé y repetía con amor el nombre que acababa de recibir. En cuanto al chiquillo, llamó con un gesto a la Rosalía, que obedeció muerta de miedo. Xan la miró a los ojos y, sin palabras, le hizo prometer silencio.

»El padre putativo, el señor Branco, entró a la mañana siguiente a ver a quien él pensaba que era su hijo, mas para entonces la marca del diablo en su mejilla había desaparecido. Salvo Rosalía, la parteira, nadie se enteró de que el pequeño Joao Branco, en realidad, se llamaba Xan y era hijo del mismísimo Belcebú.»

Xosé calla y bebe un trago. Sus compañeros beben también, pensativos. Bartolo es el primero en romper el silencio.

—Xan Irmandiño tiene una cicatriz de dos rayas en la cara...  
—confirma.

Nuño se revuelve en su asiento; no está dispuesto a creerse todo aquello con facilidad.

—¡Bueno, sí, claro! Pero yo no vi que mi amo la tuviera. Además, ¿qué tiene que ver con el suicidio del Cojo?

Xosé gesticula exasperado por la torpeza del criado.

—¡Pues está clarísimo, Nuño, carallo! Vuestro señor Branco es Branco en Betanzos y Xan con los irmandiños, y sólo cuando es Xan le sale la marca del diaño.

—Sigo sin entenderlo. ¿El señor Joao Branco, hijo del diablo? ¡Imposible! ¡Si va a misa los domingos!

—Pensad un poco, Nuño. Si no es con artes extrañas, ¿cómo consiguió vuestro amo la carta de la Irmandade? ¡A ver, explicadlo!

Nuño no responde. A su memoria viene el viaje a Salamanca, donde las Cortes se habían reunido. Acompañaba al señor Branco, que era procurador por Betanzos en particular y por Galicia entera en general. Nuño repasa todos los recuerdos de su estancia: la maravilla de los vestidos, tan lujosos, que lucían las cortesanas; el olor a estiércol y sudor de los mozos de cuadra, que compartían con los caballeros más guerreros, aunque a éstos se les mezclaba con el aroma de agua de rosas que usaban las damas; los furtivos encuentros en una nocturna despensa con la pechuga blanca y las gruesas carnes temblorosas de Daniela, la mujer del cocinero; el fantasma quejumbroso de Francisquito, un lacayo ajusticiado por hacer más que mirar a la hija de un conde, que arrastraba sus cadenas por los dormitorios de las doncellas, enloqueciéndoles el sueño; la nieve del invierno y el sol del verano, que se burlaban llevándole morriña de la lluvia; el salón donde los señores representantes debatían sus propuestas en interminables sesiones y con palabras ininteligibles para un simple criado, borracho de tanta verborrea...

También se acuerda del rey, don Enrique IV, al que todos dicen el Impotente, aposentado en un trono elevado sobre las cabezas de los presentes, acicalado como una mujer, ensortijado, maquillado; muy diferente a la imagen que él se había hecho de un venerable anciano guerrero y sabio. La primera vez que lo vio pensó que era un bufón y a punto estuvo de hacer una gracia, pero su amo don Joao se lo impidió. «Ese es el rey, Nuño, no lo que tu andas pensando», le dijo al oído, sujetándole el hombro; de hecho, el enano chocarrero iba algo por detrás del monarca, hacía fullerías y se burlaba de todos. En cierto modo, Nuño le tuvo envidia, pues era el único de los alrededores que podía permitirse el lujo de ser incorrecto. Claro está que, con semejante aspecto, no hubiera podido obtener los favores de la turgente Daniela.

Nuño sacude la cabeza.

—¡No! ¡No hay nada raro en el señor Branco, carallo!

Pero no lo dice convencido. Tardaron bastante menos de lo previsto en llegar a Salamanca, a pesar de que recorrieron los senderos más escondidos y menos transitados. Las villas habían temido que algún noble más desaprensivo que otros asaltara la comitiva y terminase con la vida del representante, o, peor aún, comprara sus servicios; el señor Branco se negó a que una compañía armada y bien nutrida los escoltara en tan peligroso viaje. «Un grupo pequeño pasará inadvertido», dijo, «y, si no, que se preparen a vérselas conmigo». Nuño cae ahora en la cuenta de que los ojos de su amo brillaron con fiereza para subrayar estas palabras; nunca hubiera pensado que el pacífico y diplomático Joao Branco pudiera guardar tanta furia en su interior.

Lo cierto es que el notario tuvo razón y cruzaron las puertas de la ciudad sin percances; excepción hecha, claro está, de las incomodidades ocasionadas por doña Perpetua, la madre del señor Branco, que ni después de muerta dejaba de velar por su hijo. «Es una promesa que hice, ¡qué queréis!». Pero estaba claro que a la vieja le gustaba el cometido, sobre todo porque gozaba de impunidad para divertirse con pequeños fastidios, como apagar las llamas con la carne a medio asar o avivarlas de pronto en el momento más inoportuno. El notario la recriminaba: «¡Madre! ¿Podéis estaros tranquila un rato?». Ella se reía con su traslúcida boca de tres dientes, se atusaba los cabellos ralos y canturreaba como si no fuera con ella la cosa, presta a incordiar de nuevo en la primera ocasión.

Bartoliño insiste.

—¡Sí, Nuño! ¡Contadnos cómo consiguió Joao Branco la carta de la Irmandade!

—Pero... Yo no sé nada de eso...

—Si no lo sabéis vos, ¿a quién vamos a preguntar?

El criado cierra los ojos, turbado. ¿Y si es verdad que su amo tiene algo de brujo, o de diablo, o lo que sea? Pasaba largas horas encerrado en la cámara del rey, jugando a las cartas, y doña Perpetua

lo seguía. Algo tuvieron que hacer entre los dos a don Enrique para que éste cediera, en contra de la nobleza, a crear la Santa Hermandad del reino de Galicia.

Xosé, el rubio, ante el rostro atribulado de Nuño, saborea el triunfo.

—Veo que recordáis, ¿eh, amigo?

Nuño empieza a dudar de todo.

—Bueno... El rey tenía ojeras...

—¿Y?

—Pues eso, que después de estar toda la noche con el señor Branco (que no sé lo que harían allí dentro, aunque dicen que le daban a los naipes), el rey aparecía por la mañana con unas ojeras moradas muy grandes y cara de alorado.

—Bueno, eso es normal, ¿no? —objeta Bartoliño.

—Sí, sí, claro, pero es que mi amo también anduvo de jolgorio y no se le notaba nada de nada...

Xosé da un fuerte golpe en la mesa.

—¡Ahí está! ¡El notario le embrujó! ¡Le amenazaría con unos meigallos bien hechos, seguro! ¡Lo que yo pensaba!

Bartolo duda de la explicación, pero nada dice, porque a lo mejor se ríen de su bisoñez. Él tampoco parece cansado tras una parranda, y no necesita hechicerías: es cosa de su naturaleza. Además, ha oído decir que el rey don Enrique no es en verdad impotente, como asegura su apodo, sino que prefiere a los mancebos antes que a las damas. Quizá el notario le hizo algún favor especial y el monarca, en agradecimiento, le dio la carta de Hermandad. Eso encaja mejor con la imagen que el chico tiene de Joao Branco y, por supuesto, no cuadra para nada con la de Xan Irmandiño.

Bartolo ha visto con sus propios ojos a Xan Irmandiño, lo conoce de cerca y ha hablado con él. Es imponente, alto como un castillo, fuerte como un oso, fiero como un lobo, astuto como un zorro. Las mujeres se arrojan a sus pies y quieren ser madres de sus hijos. Al joven Bartolo, en plena ebullición de la pubertad, le encantaría ser como él, tan bravo y deseado. Tener dos o tres huríes cada

noche, todas juntas, como las tiene Xan Irmandiño. Cuando le toca hacer guardia, procura apostarse cerca de la cabaña del jefe para escuchar los jadeos y se imagina que es él, Bartolo de Freiría, el gran capitán del ejército de vivos y muertos a quien acarician las hembras. Bartoliño suda a pesar del frío, resopla como si de verdad estuviera viviendo esos placeres y tiene que ayudarse en solitario para aliviar su carne de la turbulenta carga. En ocasiones, al llegar la mañana, Xan Irmandiño lo saluda con una sonrisa burlona y Bartoliño enrojece, mas no se avergüenza, pues el capitán le da una palmada en la espalda y le dice: «Ya te llegará, hombre, no tengas prisa».

Xan Irmandiño no puede ser Joao Branco. ¿El diablo? Eso, quizá. Pero si Julián el Cojo contó por ahí que el notario y el capitán eran la misma persona, no es de extrañar que lo matasen, por calumniador.

—A todo esto, ¿cómo murió Julián el Cojo? —pregunta.

Nuño levanta la vista y le responde.

—Ya te lo dije: se suicidó cortándose el gáznate delante de un montón de gente.

—Y yo te digo que lo asesinaron —aseguró Xosé—. El Cojo cuenta que fue un espíritu quien lo mató y que él agarraba el cuchillo para impedirlo. ¡Eso fue lo que vieron los testigos! Por eso pensaron que se quitaba él solito la vida.

Bartolo menea la cabeza y bebe un trago.

—Bien pudiera ser... Al fin y al cabo, nos sigue siempre un ejército de ánimas...

—¿Lo veis, Nuño? ¡Todo encaja! Joao Branco y Xan Irmandiño son la misma persona, Julián el Cojo lo pió y un espectro lo castigó convirtiéndolo en alma en pena.

Nuño menea la cabeza, aún incrédulo. Bartolo, por su parte, empieza a acusar la chispa del caldo de Aldeviño, se torna atrevido por momentos y pierde la timidez:

—Oíd, Xosé, si al cojo lo mataron por contar todo esto, ¿no creéis que vos también podéis acabar igual?

El rubio se queda, por una vez, sin palabras. No se le había ocurrido pensarlo. Nuño ve la ocasión de resarcirse por las tribulacio-